

Comentario sobre las lecturas

domingo de la trinidad

el 18 de mayo del 2008

Primera lectura: Génesis 1:1—2,4a; Salmo 8; Epístola: 2Corintios 13:11-13; Evangelio: san Mateo 28:16-20

Litúrgicamente concluimos el tiempo pascual de este año con la celebración de la Santísima Trinidad. En sentido estricto, el período pascual concluye con Pentecostés; sin embargo la liturgia nos trae este domingo la celebración de la Trinidad como una manera de hacernos caer en cuenta de que en definitiva, todo el misterio de nuestra fe gira en torno a esa realidad trinitaria. Vendrá ahora el tiempo denominado “propio” u “ordinario”, pero que ciertamente no es menos importante que los denominados tiempos litúrgicos fuertes. Durante estos domingos que vienen, de todos modos, seguiremos como creyentes cristianos ahondando cada vez más en el misterio de Cristo, muerto y resucitado, que nos ha dejado un grave mandato: hacer “discípulos suyos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28:19) y lo cual implica para nosotros el tremendo compromiso de abrir nuestro espíritu a su Palabra, a su ejemplo de vida, para poder anunciarlo a él más con nuestro ejemplo que nuestro discurso. En eso está la clave que podrá hacer de nosotros verdaderos testigos suyos en el mundo.

Para este domingo pues, la liturgia nos hace reflexionar sobre el misterio de la Trinidad. Y para ello nos trae como primera lección el primer relato de creación que encontramos en el Génesis. Quería remitir a los lectores al comentario que elaboré a este pasaje para la Biblia de Nuestro Pueblo, pero como es difícil que todos dispongan de esta Biblia, con mucho gusto comparto con ustedes el mencionado comentario: “Por mucho tiempo se creyó que este relato con el que se abre el Génesis fue lo primero y más antiguo que se escribió en la Biblia. Es probable que los materiales y tradiciones que se utilizan aquí sí sean muy antiguos; sin embargo, está probado que su redacción como tal es quizás de lo último que se escribió en el Pentateuco. La forma como lo podemos leer hoy es obra de la escuela sacerdotal (P), y su intención carece absolutamente de todo interés científico.

Como ya sabemos, las condiciones críticas del pueblo que se encuentra a un paso de diluirse en la religión babilónica, no exigían ni necesitaban propiamente una lección de prehistoria, sino unos postulados que les ayudaran a entender los siglos pasados de historia en orden a no hundirse completamente en el presente difícil que estaban viviendo. En el ambiente que está viviendo Israel se respira un aire de derrota, de fracaso, de horizontes cerrados, de desconfianza respecto a todo tipo de institución y lo que desde el punto de vista religioso es peligrosamente mortal: hay un ambiente de desconfianza respecto de su Dios y hasta una cierta sospecha de que Él y solo Él es el responsable no sólo de los males pasados, sino de los actuales.

La primera tentativa que realizan los pensadores teólogos de Israel es liberar a Dios de toda responsabilidad respecto a la injusticia y al mal en el mundo. Utilizando materiales de cosmogonías de otros pueblos orientales, ellos componen un relato que busca, mediante un cierto artificio literario como es el de la poesía, implantar en la mente de los creyentes la idea de que desde el principio Dios había creado todo con una gran armonía y bondad y que, por lo tanto, no hay en la mente de Dios ninguna intencionalidad negativa. El himno o poema responde a un esquema septenario de creación, Dios crea todo cuanto existe en seis días y el séptimo lo consagra al descanso, lo cual también debe ser imitado por el pueblo. Varios elementos se repiten a lo largo del poema, cada uno con la intención de que quede bien impreso en la mente del creyente. No se trata de ninguna teoría de la formación del mundo ni de la aparición de la vida y de las especies en él, hay razones mucho más profundas y comprometedoras que eso.

Indudablemente, para el creyente judío que vive la encrucijada histórica de la pérdida de sus instituciones, el martilleo constante de los opresores babilonios de que YHWH ha sido derrotado y la tentación inminente de formar parte de la llamativa religión babilónica con su culto y ritos naturales, para ese tipo de creyente, este poema es toda una catequesis, un canto a la resistencia que invita a mantener firme la fe en el Único y Verdadero Dios de Israel.

Veamos en forma de elenco las posibles intenciones y consecuencias que hay detrás de este relato: 1) la creación es fruto de la bondad absoluta de Dios: mientras en los mitos y cosmogonías de los pueblos vecinos, la creación está enmarcada en disputas y enfrentamientos violentos entre las divinidades, aquí aparece una omnipotencia creadora, a cuya Palabra única va apareciendo todo cuanto existe con la nota característica de que todo es bueno;

2) en la creación todo obedece a un plan armónico, cada elemento cumple una función determinada: los astros iluminan el día o la noche, señalan el paso del tiempo y el cambio de las estaciones; es decir, cada criatura está, en definitiva, para servirle al hombre, no al contrario. Ello contrasta con el comportamiento de otras religiones, entre ellas la babilónica, donde astros y animales eran adorados como divinidades ante quienes muchos inmolaban incluso a sus hijos; jamás esta finalidad estuvo presente en la mente creadora de Dios Elohim;

3) otro paso más en la toma de conciencia respecto a la relación Dios-hombre-mundo, es resaltar la responsabilidad propia del hombre y la mujer en este conjunto armónico creado por Dios mediante su Palabra. No es fortuito el hecho de que el hombre y la mujer sea lo último que Dios crea según el orden de cada día que va marcando nuestro poema. Al ambiente de injusticia, de desigualdad, de dominación por parte de quien se cree amo y señor del mundo, se contraponen este nuevo elemento de resistencia: Dios crea al hombre y a la mujer a su propia imagen y semejanza, varón y hembra los creó para que administraran conjuntamente la obra creada en igualdad de responsabilidades. Su imagen y semejanza con Dios era el proyecto propio del ser humano como pareja, construir cada día esa imagen y semejanza manteniendo la fidelidad al proyecto armónico y bondadoso del principio, no dominando a los demás ni sometiendo a tiranía a los débiles ni al resto de la creación;

4) en la creación hay un orden y una armonía, no solo porque es fruto de la Palabra creadora de Dios, sino porque él mismo ratificó esa armonía y esa bondad con su bendición, algo que es exclusivo de él y que aquí es también todo un mensaje esperanzador para enfrentar la dura situación de sometimiento en que se hallaban los israelitas;

5) finalmente, el descanso sabático es una nueva invitación a la resistencia contra el poder opresor, que hoy cobra gran vigencia. Ni siquiera Dios en su actividad creadora omitió este aspecto del descanso. El ser humano no puede convertirse en un ente de trabajo y producción, también el descanso forma parte de la armonía y finalidad de la creación y, por tanto, también forma parte de la imagen y semejanza que el ser humano lleva en sí de su creador.

Hay pues muchos elementos que hacen de este relato un motivo para creer, para esperar y sobre todo para resistir contra todo aquello o aquellos que pretenden suplantar la voluntad creadora y liberadora de Dios en este mundo” (La Biblia de nuestro pueblo. Coment. in situ).

Ahora bien, desde nuestra perspectiva cristiana, estamos convencidos de que en el acto creador de Dios, Él no está “solo”; en la creación está la presencia del Dios en quien nosotros creemos: el Dios uno y trino que sin perder su integridad, se proyecta como una multiplicidad de personas, una característica que lo hace totalmente diferente a como lo perciben las demás religiones existentes. Nuestra fe en la Trinidad ha hecho pensar hasta el mismo judaísmo que somos politeístas, pues creemos en el Padre que es Dios, en el Espíritu Santo que es Dios, y en el Hijo que es Dios. Sin embargo, nuestra fe no se basa en tres dioses, sino en uno solo; pero que por tratarse de un Dios viviente e histórico -en el sentido que vive y acompaña el caminar histórico de su creación- se va proyectando en esa historia de diferentes maneras y acciones.

Así, atribuimos la creación al Padre y afirmamos con toda convicción que Dios es Padre Creador; pero, como ya dijimos, en su obra está la presencia del Hijo y del Espíritu Santo. Ahora, la creación encomendada al único ser capaz de administrarla y dar cuenta de ella -al ser humano-, se desvía de la intención original de Dios cuando a causa de una libertad mal entendida y enfocada permite que el mal entre a dominar en ella, ahí se hace necesario un acto salvador, un acto de rescate; para realizar ese acto salvador, el Padre envía al Hijo (no a que muera, sino a salvar, a rescatar), y afirmamos, entonces, que el Hijo es el Salvador; pero él no está solo, en su obra salvífica intervienen activamente el Padre y el Espíritu Santo formando con el Hijo una “comunidad de salvación”.

Y bien, la obra salvadora de Jesús, según nuestra fe, queda asistida, ratificada y validada por la acción del Espíritu Santo que anima y hace avanzar su obra en el mundo; por eso afirmamos desde nuestra fe que el Espíritu Santo es quien da la fortaleza, la luz y hace de guía en el camino de la comunidad de creyentes, en una palabra, santifica la misión encomendada por el Hijo santificando a quienes se empeñan en impulsarla cada día. Pero en esa tarea del Espíritu están comprometidos también activamente el Padre como principio creador y el Hijo como responsable del rescate y la redención de la obra creada. De nuevo, en esta tarea, está implicada la “comunidad” Trinitaria, por decirlo con una expresión frecuente: en pleno.

Y estas funciones divinas son posibles gracias, en primer lugar, al Amor perfecto que mueve a la Trinidad, y en segundo lugar a su compromiso con la creación. Ese amor, definido en el NT como ágape, es perfecto porque se dona, se entrega, se proyecta hacia el exterior, es decir, hacia la obra creada. El amor que se dona es el amor comprometido, el amor que no tiene límites, el amor que salva, sana y purifica.

A este paso, las antiguas discusiones sobre como entender el “misterio” de la Trinidad, carecen de total sentido para nosotros. El asunto no es “entender” el misterio; se trata más bien de abrimos al misterio, dejarnos llenar por él, pedir continuamente luz y humildad para ser llenados por esa Presencia amorosa que nos permita, más que entender, experimentar continuamente en nuestra vida ese torrente de amor que desborda de la Trinidad y que nos invita también a nosotros a proyectar en el mundo ese amor/ágape, ese amor que se dona sin reservas ni límites.

Quizás a eso se refiere Jesús cuando al despedirse de sus discípulos les encomienda hacer discípulos suyos a todas las gentes bautizándolas en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No les encomienda que repitan un rito, tampoco está pensando en que tienen que “obligar” a todas las gentes a que reciban ese rito; simplemente los invita a que, viviendo primero ellos esa experiencia de amor que emana de la Trinidad, inserten sin egoísmos ni fanatismos, a todas las gentes en esa misma dinámica de amor que proviene del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Esa es, en definitiva, la vocación y la misión del discípulo y de nosotros hoy. No hay que romperse la cabeza tratando de buscar la manera de “hacer cristianos” a otras personas. Basta que haya de parte de nosotros una mayor apertura a esa fuente del amor, que la sintamos y la vivamos en lo más profundo de nuestro ser y que, de igual manera proyectemos a través de nuestro estilo de vida esa experiencia amorosa, y lo demás es obra de la Trinidad; Ella atraerá hacia sí, a todos los hombres y mujeres que viéndonos a nosotros cómo nos amamos, cómo nos servimos, cómo acogemos y prodigamos amor, espontáneamente querrán ser insertados en este estilo de vida.

Grande es la tarea; pero grande es también la fortaleza que nos asiste si de verdad nos sentimos comprometidos con ese designio amoroso de la Trinidad.